

—Caballero—dijo el abogado con voz turbada al joven dependiente, cuyo corazón palpó de terror.—Usted ama a mi mujer y procura usted agradarle; yo no puedo por eso odiaros, pues en vuestro lugar y a vuestra edad hubiese hecho otro tanto. Pero Ana está desesperada: usted ha turbado su felicidad y ha convertido su corazón en un infierno. Acaba de confesármelo todo. Una querrela, que se apaciguó en seguida, le había impelido a escribir la carta que acaba usted de recibir, pero se arrepintió luego y me ha mandado aquí en su lugar. No le diré a usted, caballero, que, persistiendo en sus proyectos de seducción, llegaría usted a hacer la desgracia de la que ama, la privaría de mi estimación y llegaría un día en que había de verse también privada de la de usted; que sellaría usted su crimen hasta en el porvenir, preparando quizá grandes penas a mis hijos; no hablo a usted tampoco de la amargura de que llenaría mi vida—por desgracia, todo esto son músicas...—Pero le declaro, caballero, que el menor paso que usted diese sería la señal de un crimen; pues no apelaría al duelo para atravesarle a usted el corazón.

Al decir estas palabras, los ojos del abogado amenazaban de muerte.

—Vamos, señor mío—continuó con voz más dulce,—usted es joven, tiene un corazón generoso y esperó que haría un sacrificio en pro de la dicha de la que ama; abandónela, y no vuelva a verla nunca. Y si le es a usted absolutamente necesario alguno de la familia, yo tengo una tía en quien nadie ha fijado sus ojos; es encantadora, llena de gracia y rica; entable relaciones con ella y deje en paz a una mujer virtuosa.

Esta mezcla de broma y de terror, la inmovilidad de sus miradas y el profundo sonido de voz del marido, hicieron una increíble impresión en el amante. Permaneció dos minutos aturrido, como el hombre demasiado apasionado a quien la violencia de un choque priva de toda su presencia de ánimo. Si Ana tuvo amantes (pura hipótesis), no fué ciertamente Adolfo ninguno de ellos.

Este hecho puede servir para haceros comprender que la correspondencia es un puñal de dos filos, que lo mismo sirve para la defensa del marido que para proteger la *inconsecuencia* de la mujer. Debéis, pues, favorecer la correspondencia, por la misma razón que mueve al señor prefecto de policía a hacer que se enciendan todas las noches cuidadosamente los faroles de las calles de París.

III

DE LOS ESPÍAS

Humillarte hasta el punto de mendigar revelaciones a los criados y ponerse en contacto directo con ellos pagándoles una confidencia, no es crimen; es quizá una cobardía, y es, seguramente, una estupidez; pues nadie os garantiza la probidad de un criado que hace traición a su ama, y nunca podréis saber si está de vuestra parte o de la de vuestra mujer. Este punto queda, pues, juzgado sin remisión.

La naturaleza, esa buena y tierna madre, ha colocado al lado de las madres de familia los espías más seguros, los más astutos, los más verídicos y hasta los más discretos que hay en el mundo. Son mudos y hablan, lo ven todo y aparentan no ver nada.

Un día, un amigo mío me encuentra en un paseo, me invita a comer, y nos vamos a su casa. La mesa estaba ya servida y la dueña de la casa repartía a sus dos hijas platos llenos de humeante sopa. «He aquí uno de nuestros primeros síntomas», me dije. Nos sentamos. La primera palabra del marido, que no entendía de astucias y que sólo hablaba por hablar, fué para preguntar:

—¿Ha venido alguien hoy?...

—Ni un alma siquiera—le respondió su mujer sin mirarle.

Nunca olvidaré la vivacidad con que las dos muchachas dirigieron los ojos a su madre. La mayor, sobre todo, que tenía unos ocho años, ostentó un no sé qué particular en la mirada. Mostró en ella revelaciones y misterio, curiosidad y silencio, asombro y seguridad, todo mezclado. Si hubiese algo comparable a la vivacidad con que esta cándida llama se escapó de sus ojos, sería la prudencia con que ambas dejaron caer, cual si fuesen celosías, sus blancos párpados.

Dulces y encantadoras criaturas, que, desde la edad de nueve años hasta la núbil, sois a veces el tormento de una madre, aunque ésta no sea coqueta, ¿es por privilegio o por instinto, por lo que vuestros tiernos oídos oyen el más débil sonido de una voz de hombre a través de puertas y paredes, por lo que vuestros ojos lo ven todo y

vuestro joven espíritu se ejercita en adivinar la significación de una palabra y hasta la significación del menor gesto de vuestras madres?

Hay indudablemente agradecimiento y un no sé qué de instintivo en la predilección de los padres por las hijas y de las madres por los hijos.

Pero el arte de instituir espías, en cierto modo materiales, es una puerilidad, y nada es más fácil que encontrar cosa mejor que aquel pertiguero que decidió colocar cáscaras de huevo en su lecho, y que no obtuvo más pesame por parte de su compadre atónito, que estas palabras:

—¡Tú no las hubieras quebrado tan bien!

El mariscal de Sajonia no dió mucho mayor consuelo a la Popeliniere, cuando descubrieron juntos aquella famosa chimenea giratoria, inventada por el duque de Richelieu.

—¡He aquí la mejor obra de cuernos que he visto en mi vida!—exclamó el vencedor de Fontenoy.

Esperamos que nuestro espionaje no os enseñará nada tan enfadoso como eso. Estas desgracias son los frutos de la guerra civil, y aun no hemos llegado a ella.

IV

DEL ÍNDICE

El Papá no pone en el Índice más que libros; vosotros debéis marcar con sellos de reprobación a los hombres y a las cosas.

Prohibido a la señora bañarse en otra parte que en su casa.

Prohibido a las señoras recibir en su habitación a aquel que supongáis que pudiera ser su amante, y a todas las señoras que pudieran interesarse por su amor.

Prohibido a la señora salir a paseo sin vosotros.

Pero las extravagancias que originan en cada hogar la diversidad de caracteres, los innumerables accidentes de las pasiones y las costumbres de los esposos, imprimen tales cambios a este *Libro Negro*, multiplican o borran sus líneas con tal rapidez, que un amigo del autor llamaba a este índice la *Historia de las variaciones de la Iglesia conyugal*.

Sólo existen dos cosas que pueden someterse a principios fijos: el campo y el paseo. Un marido no debe llevar nunca ni dejar a su mujer en el campo. Tened una tierra, habitadla, no recibáis en ella más que a señoras o a ancianos, y no dejéis nunca sola allá a vuestra mujer. Pero llevarla, aunque sólo sea por medio día, a casa de otro... es llegar a ser más imprudente que un avestruz.

El mero hecho de vigilar a una mujer en el campo es ya tarea difícil. ¿Podréis estar a un tiempo en todos los matorrales, trepar a todos los árboles, seguir la huella de un amante sobre la hierba hollada por la noche, pero que el rocío de la mañana endereza y hace renacer a los rayos del sol? ¿Podréis tener un ojo en cada brecha de los muros del parque? ¡Oh! ¡el campo y la primavera!... He ahí los dos brazos derechos del celibato.

Cuando una mujer llega a la crisis en que suponemos que se encuentra, un marido debe permanecer en la ciudad hasta el momento de la guerra, o entregarse a todos los placeres de un cruel espionaje.

Por lo que respecta al paseo, ¿quiere la señora ir a las fiestas, a los espectáculos, al bosque de Bolonia, o salir a comprar telas o a ver las modas? La señora irá, saldrá y lo verá todo con la honrosa compañía de su dueño y señor.

Si ella escogiese el momento en que una ocupación que no podéis abandonar de ningún modo os reclama por completo, para procurar arrancaros el permiso para una salida meditada; si, para obtenerlo, empieza a desplegar los ardides y seducciones de esas escenas de mimos, en que sobresalen las mujeres y cuyos fecundos ardides deben ser adivinados por vosotros, el profesor os aconseja que os dejéis engañar, que vendáis caro el permiso pedido, y, sobre todo, que convenzáis a esa criatura, cuya alma es alternativamente tan inconstante como el agua y tan firme como el acero, de que os es imposible, por la importancia del trabajo, abandonar vuestro despacho.

Pero tan pronto como vuestra mujer haya puesto los pies en la calle, si sale a pie, no le deis tiempo para andar siquiera cincuenta pasos; seguid sus huellas y perseguidla sin que ella pueda darse cuenta de ello.

Sin duda existirán Werthers cuyas almas tiernas y delicadas se resistirán a esta inquisición.

Sin embargo, esta conducta no es más culpable que la del propietario que se levanta por la noche y mira por la ventana para vigilar los albérrchigos de su huerto. Por este medio obtendréis, sin duda, antes que el crimen se

haya cometido, informes exactos sobre esas habitaciones que tantos enamorados alquilan en la ciudad bajo nombres supuestos. Si por una casualidad (de la que ojalá Dios os preserve) entrase vuestra mujer en una casa que os fuese sospechosa, informaos si tiene más de una salida.

¿Que sube vuestra mujer a un coche de alquiler?... ¿qué tenéis que temer? Un prefecto de policía, a quien los maridos hubieran debido dedicar una corona de oro mate, ¿no ha plantado en cada puesto de estos coches una pequeña barraca, y en ella, con el registro en la mano, a un guardián incorruptible de la moral pública? ¿No se sabe adónde van ni de dónde vienen esas góndolas parisienses?

Uno de los principios vitales de vuestra policía será acompañar a vuestra mujer a las tiendas que proveen vuestra casa, si por casualidad tuviese ella la costumbre de visitarlas.

Debéis examinar cuidadosamente si existe alguna familiaridad entre ella y la tendera, su modista, su costurera, etc. Debéis aplicar en este caso las reglas de la Aduana conyugal, y deduciréis así vuestras conclusiones.

Si, en ausencia vuestra, hiciese vuestra mujer alguna salida sin vuestro permiso, y viene diciendo que ha estado en tal o cual parte, personaos al día siguiente en el lugar que os haya indicado y averiguad si os ha dicho la verdad.

Pero la pasión os dictará, mejor aun que esta Meditación, los recursos de que debéis echar mano para usar con acierto la tiranía conyugal, y nosotros dejaremos aquí estas fastidiosas enseñanzas.

V

DEL PRESUPUESTO

Al bosquejar el retrato de un marido legal (véase la Meditación de los predestinados), le hemos recomendado con insistencia que ocultase a su mujer la suma verdadera a que ascendía su fortuna.

Al mismo tiempo que nos apoyamos en esta base para establecer nuestro sistema de Hacienda, esperamos contribuir a destruir la opinión, bastante extendida, de que es preciso no dar a la mujer el manejo del dinero. Este

principio es uno de los errores populares que acarrearán más contrasentidos en una familia.

Pero, ante todo, tratemos de la cuestión del corazón, antes de la del dinero.

Formar un pequeño presupuesto para vuestra mujer y para las exigencias de la casa, y entregarle su importe como una contribución, por duodécimas partes iguales y de mes en mes, lleva en sí un no sé qué de mezquindad, de pequeñez y de cicatería, que no puede convenir más que a almas sórdidas o desconfiadas. Obrando de ese modo, os prepararéis inmensos disgustos.

Convengo en que, durante los primeros años de vuestra unión meliflua, escenas más o menos agradables, bromas de buen gusto, portamonedas elegantes, y caricias, habrán acompañado y adornado el don mensual; pero llegará un momento en que la ligereza de vuestra mujer o una disipación imprevista, la obligarán a pedir un préstamo a la Cámara. Supongo que otorgaréis siempre el bill de indemnidad, sin venderlo muy caro y con discursos, como acostumbra a hacer nuestros infieles diputados. Pagan, pero gruñen; vosotros pagaréis y haréis cumplidos; sea.

Pero dada la crisis en que estamos, las provisiones del presupuesto actual no bastan nunca. Hay aumento de pañoletas, de sombreros, de vestidos; hay un gasto apreciable exigido por los congresos, por los correos diplomáticos, por las vías y medios de amor, mientras que los ingresos siguen siendo los mismos. Entonces empieza en un hogar la educación más odiosa y más espantosa que puede darse a una mujer. Sólo conozco algunas almas nobles y generosas que tienen en más estima que los millones, a la pureza del corazón, a la franqueza del alma, y que perdonarían mil veces una pasión, más bien que una mentira, pues su instintiva delicadeza ha adivinado el principio de esta peste del alma, último grado de la corrupción humana.

En efecto, entonces ocurren en un hogar las escenas de amor más deliciosas. Entonces una mujer se doblega, y, semejante a la cuerda más brillante de un arpa, arrojada al fuego, se enrosca en torno vuestro, os enlaza, os oprime; se presta a todas vuestras exigencias; nunca serán más tiernas sus frases, las prodiga, o mejor dicho, las vende, y llega a hacerse inferior a una corista de la Opera, pues se vende a su marido. En sus más dulces besos hay dinero, en sus palabras también. En este oficio sus entrañas se hacen de plomo para vosotros. El usurero

más cortés y más páfido no mide mejor con una mirada el futuro valor metálico de un hijo de familia al que hace firmar una letra, que vuestra mujer aprecia uno de vuestros deseos, saltando de rama en rama como una ardilla que se escapa, a fin de aumentar la suma de dinero con la suma de apetito. Y no creáis escapar a tales seducciones. La naturaleza ha dado tesoros de coquetería a una mujer, y la sociedad los ha centuplicado con sus modas, sus vestidos, sus tocados y sus adornos.

—Si me caso—decía uno de los generales más respetables de nuestros antiguos ejércitos,—no pondré ni un céntimo en la canastilla.

—Pues ¿qué pondrá usted, mi general?—le dijo una joven.

—La llave de la gaveta.

La señorita hizo un pequeño gesto de aprobación. Meneó suavemente la cabeza, haciendo un movimiento semejante al de la aguja imantada; su barba se levantó un poco como si quisiese decir:

—De buena gana me casaría con el general, a pesar de sus cuarenta y cinco años.

Pero tratándose de dinero, ¿qué interés queréis que tome una mujer por una caja en que ella representa el papel de tenedor de libros?

Examinad el otro sistema.

Entregando a vuestra mujer, fingiéndole absoluta confianza, las dos terceras partes de vuestra fortuna, y dejándola dueña de dirigir la administración conyugal, conseguís una estimación indestructible, pues la confianza y la nobleza encuentran poderosos ecos en el corazón de la mujer. La señora se creará gravada con una responsabilidad que levantará ante ella una barrera tanto más fuerte contra sus disipaciones, cuanto que ella misma tendrá conciencia de su responsabilidad. Os habéis colocado de pronto en tan alto grado, que podéis estar seguros de que vuestra mujer quizá no se envilecerá nunca.

Ahora, buscando ahí medios de defensa, considerad los admirables recursos que os ofrece este plan rentístico.

Del mismo modo que la Bolsa da la medida del grado de confianza con que cuenta un gobierno, vosotros tendréis en vuestra casa una marca exacta de la moralidad de vuestra mujer.

En efecto, durante los primeros años de vuestro matrimonio, vuestra mujer se afanará por proporcionaros lujo y satisfacciones con vuestro dinero.

Establecerá una mesa servida con opulencia, renovará

el mobiliario, los coches y los tiros, y tendrá siempre en el cajón una suma dispuesta y consagrada al bien amado. Ahora bien, en las circunstancias actuales, el cajón estará siempre vacío, y el marido gastará con exceso. Las economías prescritas por la Cámara nunca alcanzan más que a los empleados de mil doscientos francos, y vosotros seréis el empleado de mil doscientos francos de vuestra casa. Vosotros os reiréis de esto, puesto que habréis amontonado, capitalizado y administrado la tercera parte de vuestra fortuna durante mucho tiempo; habréis hecho como Luis XV, que se había formado un pequeño tesoro aparte, *para en caso de desgracia*, según decía.

Por lo tanto, si vuestra mujer habla de economías, sus discursos equivaldrán a las variaciones de las cotizaciones de la Bolsa. Podréis adivinar todos los progresos del amante por las fluctuaciones del bolsillo de vuestra mujer, y lo habréis conciliado todo: *E sempre bene*.

Si, no apreciando este exceso de confianza, llegase un día en que vuestra mujer dispase una gran parte de la fortuna, en primer lugar sería difícil que esta prodigalidad alcanzase al tercio de las rentas administradas por vosotros durante diez años, y después, la Meditación de las Peripecias os enseñará que existen recursos inmensos para matar al Minotauro en la crisis misma ocasionada por las locuras de vuestra mujer.

En una palabra, el secreto del tesoro acumulado gracias a vuestros cuidados no debe ser conocido hasta vuestra muerte; y si necesitaseis echar mano de él para auxiliar a vuestra mujer, debéis hacerle creer que habéis jugado con fortuna o que habéis pedido prestado a algún amigo.

Tales son los principios verdaderos en materia de presupuesto conyugal.

La policía conyugal tiene su martirologio. No citaremos más que un solo hecho, porque él solo podrá hacer comprender la necesidad en que están los maridos que toman medidas tan acerbas de velar por sí mismos tanto como por sus mujeres.

Un anciano avaro que vivía en T..., ciudad de placer, si hubo jamás alguna, se había casado con una mujer joven y bonita; estaba de tal modo enamorado de ella, que el amor triunfó de la usura, dejando el comercio para poder guardar mejor a su mujer y no haciendo así más que mudar de avaricia. Confieso que debe la mayor parte

de las observaciones contenidas en este libro, sin duda imperfecto aún, a la persona que pudo estudiar en otro tiempo este admirable fenómeno conyugal; y, para pintarlo, bastará un solo rasgo. Cuando iba al campo, este marido no se acostaba nunca sin haber pasado el rastrillo de una manera misteriosa por todos los paseos de su parque y por los alrededores de su casa. Había hecho un estudio particular de las huellas que dejaban los pies de las diferentes personas que vivían en su compañía, y por la mañana iba a reconocer los lugares rastrillados.

—Todo son aquí árboles altos y nada se ve a lo lejos—decía a la persona de quien he hablado mostrándole su parque.

Su mujer amaba a uno de los jóvenes más guapos de la ciudad. Ya hacía nueve años que esta pasión vivía brillante y fecunda en el corazón de los dos amantes, que se habían comprendido con una sola mirada en un baile; y, bailando, sus dedos temblorosos les habían revelado, a través de la perfumada piel de sus guantes, la extensión de su amor. Desde este día, uno y otro habían encontrado inmensos recursos en las futilidades desdenadas por los amantes felices. Un día, el joven llevó a su único confidente a un gabinete en que, sobre una mesa y bajo unos globos de vidrio, conservaba con mayor cuidado que lo hubiera hecho con las alhajas más bellas del mundo, unas flores caídas del peinado de su querida, en medio del calor del baile, y unas hojitas arrancadas a los árboles que ella había tocado en su parque. Tenía allí también hasta la estrecha huella dejada sobre tierra arcillosa por el pie de aquella mujer.

—Yo oía—me dijo después este confidente—las fuertes y sordas palpitations de su corazón en medio del silencio que guardábamos ante las riquezas de aquel museo de amor. Levanté los ojos al techo como para confiar al cielo un sentimiento que no me atrevía a confesar.—¡Pobre humanidad! pensé yo.—La señora de E me dijo que una noche en el baile os habían encontrado casi desmayado en el salón del juego. ¿Es verdad? le pregunté.—Ya lo creo, me respondió procurando ocultar el fuego de su mirada; ¡le había besado el brazo!...—Pero, añadió estrechándome la mano y dirigiéndome una de esas miradas que parecen oprimir el corazón, su marido tiene en este momento la gota muy cerca del estómago.

Algún tiempo después, el anciano avaro volvió a la vida y pareció haber hecho un nuevo arriendo de ella; pero, en medio de su convalecencia, se metió en la cama

un día y murió de repente. El cuerpo del difunto presentó síntomas tan palpables de envenenamiento, que la justicia tomó cartas en el asunto y los dos amantes fueron encarcelados. Entonces ocurrió en la audiencia la escena más desgarradora que haya podido conmover nunca el corazón de un jurado. En la instrucción del sumario, los dos amantes confesaron sin rodeos su crimen, y, llevados de un mismo pensamiento, cada uno quería cargar con la culpa para salvar, la una a su amante, y el otro a su querida, encontrando la justicia así dos culpables, allí donde no buscaba más que uno. En las sesiones del juicio oral, no hicieron más que desmentirse uno a otro con todo el furor de la abnegación del amor. Se habían reunido por primera vez, en el banquillo de los acusados y fueron separados por un gendarme. Fueron condenados por unanimidad por los jurados, que lloraban. Ninguno de los que tuvieron el bárbaro valor de verlos conducir al patíbulo puede hoy hablar de ellos sin estremecerse. La religión les había arrancado el arrepentimiento del crimen, pero no la abjuración de su amor. El patíbulo fué su lecho nupcial, y durmieron juntos durante toda la interminable noche de la muerte.

MEDITACIÓN XXI

DEL ARTE DE ENTRAR EN CASA

Incapaz de dominar los arrebatos ardientes de su inquietud, más de un marido comete la falta de llegar a su casa y de entrar en la habitación de su mujer para triunfar de su debilidad, como esos toros de España que, animados por la banderilla de fuego, despanzurran con sus furiosos cuernos a los caballos, a los espadas, picadores, peones y puntilleros.

¡Ah! volver a casa con aire tímido y dulce, como Mascarilla que se espera una paliza y se pone alegre como unas castañuelas cuando encuentra a su amo de buen humor!... ¡Esto es lo que debe hacer el hombre prudente!

—Sí, querida mía, ya sé que en mi ausencia podías haber hecho todo el mal que hubieras querido... En tu lugar, cualquiera otra hubiera arrojado la casa por la ventana, y tú te has contentado con romper un vidrio.

¡Dios te bendiga por tu clemencia! Conducete siempre así, y podrás contar con mi agradecimiento.

Tales son las ideas que deben aparentar vuestros modales y vuestras fisonomías; pero, para vuestros adentros, debéis deciros:

—Acaso haya venido.

Llegar siempre a casa de buen humor es una de las leyes conyugales que no tienen excepción.

¡Ah! pero las enseñanzas que son verdaderamente imposibles de formular son las que atañen al arte de no salir de casa sino para volver cuando la policía os ha revelado una conspiración, y, sobre todo, el arte de saber entrar. Aquí todo es astucia y tacto. Los acontecimientos de la vida son siempre más fecundos que la imaginación. Por eso nos contentaremos con enriquecer este libro con una historia digna de ser escrita en los archivos de la abadía de Theleme (1). Tendrá el inmenso mérito de revelaros un nuevo medio de defensa que ha sido ligeramente indicado en uno de los aforismos del profesor, y de poner en acción la moral de la presente Meditación, única manera de instruiros.

El señor B***, oficial de Estado Mayor y agregado momentáneamente en calidad de secretario a Luis Bonaparte, rey de Holanda, se encontraba en el castillo de Saint-Leu, cerca de París, donde la reina Hortensia tenía su corte y adonde todas las damas de su servicio la habían acompañado. Era el joven oficial bastante agradable y rubio; tenía aire afectado, parecía muy satisfecho de sí mismo y demasiado orgulloso de su ascendiente militar. Por otra parte, era medianamente gracioso y muy cumplimentoso. ¿Por qué todas sus galanterías llegaron a ser insoportables a todas las damas de la reina?... La historia no lo dice. ¿Había acaso cometido la torpeza de rendir a todas el mismo homenaje? Precisamente. Pero en él, esto era una astucia. Por el momento, de todas aquellas damas, hacía la corte a la señora condesa de***. La condesa no se atrevía a defender a su amante, porque de ese modo hubiera confesado su secreto, y, por un capricho de fácil explicación, los epigramas más sangrientos salían de sus bonitos labios, mientras que su corazón rendía culto a la simpática imagen del guapo militar. Existen

(1) Una de las creaciones más originales de Rabelais. Esta palabra se emplea para designar un punto en que todo es abundancia, principalmente bajo el punto de vista de los goces materiales.—(N. del T.)

mujeres dotadas de una naturaleza que contribuye a que todo hombre un tanto elegante y presumido logre su amor. Esta clase de mujeres son las zalamerías, delicadas y deseadas. La condesa era, salvo las zalamerías que en ella tenían un cierto carácter de inocencia y de verdad, una de esas mujeres. Pertenecía a la familia de los N***, en la que las buenas costumbres se conservan tradicionalmente. Su marido, el conde de***, era hijo de la anciana duquesa de L***, y había rendido culto al ídolo del día: como Napoleón le hubiese nombrado recientemente conde, se alababa de que obtendría una embajada; pero, por de pronto, se contentaba con el empleo de chambelán; y si dejaba a su mujer al lado de la reina Hortensia, era sin duda por cálculo de ambición.

—Hijo mío—le dijo un día su madre,—tu mujer es enamoradiza de raza. Ama al señor de B***.

—¿Se bromea usted, madre mía? ¡Si ayer me pidió prestados cien napoleones!

—Si no tienes en más a tu mujer que al dinero, no hablemos más de ello—dijo secamente la anciana dama.

El futuro embajador observó a los dos amantes, y, jugando al billar con la reina, el militar y su mujer, obtuvo una de esas pruebas que, aunque son ligeras en apariencia, son irrecusables a los ojos de un diplomático.

—Están más adelantados de lo que ellos mismos piensan—dijo el conde a su madre.

Y comunicó al alma, tan sabia como astuta, de la duquesa, la profunda pesadumbre de que estaba poseído por este amargo descubrimiento. Amaba a la condesa, y ésta, sin tener precisamente lo que se llaman principios, estaba casada demasiado recientemente para no hacer ya caso de sus deberes. La duquesa se encargó de sondear el corazón de su nuera. Creyó que aun quedaba algo de su alma joven y delicada y prometió a su hijo derrotar por completo al señor de B***. Una noche, en el momento en que las partidas del juego habían acabado ya y todas las damas empezaban una de esas conversaciones familiares de donde nacen las murmuraciones, la condesa estaba de servicio al lado de la reina, la señora de L*** aprovechó esta ocasión para comunicar a la asamblea femenina el gran secreto del amor del señor de B*** por su nuera. Indignación general. Recogidos los votos por la duquesa, se acordó por unanimidad que la que lograra arrojar del palacio al oficial, prestaría un servicio señalado a la reina Hortensia, que estaba aburrída de él, y a todas sus damas, que le aborrecían, y no sin motivo. La anciana se-

ñora reclamó la ayuda de las bellas conspiradoras, y todas prometieron su cooperación para cuanto pudiera intentarse. En cuarenta y ocho horas, la astuta suegra se hizo confidente de su nuera y del amante. Tres días después, prometió al oficial el favor de conseguirle una entrevista con su amada, después de un almuerzo. Quedó acordado que el señor de B*** partiría muy temprano por la mañana para París y que volvería secretamente. La reina había anunciado su deseo de ir aquel día con toda su comitiva a una cacería de jabalí, y la condesa debía fingir una indisposición. Como el conde hubiese sido enviado a París por el rey Luis, no ofrecía cuidado alguno. Para concebir toda la perfidia del plan de la duquesa, es preciso explicar sucintamente la disposición del reducido aposento que ocupaba la duquesa en el palacio. Estaba situado en el primer piso, encima de las habitaciones de la reina y al extremo de un largo corredor. Se entraba inmediatamente en un dormitorio, a derecha e izquierda del cual había sendos gabinetes. El de la derecha, era el gabinete tocador, y el de la izquierda había sido transformado recientemente en recibidor para la condesa. Ya se sabe lo que es un recibidor en el campo; aquél no tenía más que cuatro paredes. Estaba adornado con un cortinaje de color gris y no contenía más que un pequeño diván y una alfombra, pues había sido amueblado en pocas horas. La duquesa había concebido su perfidia contando con estas circunstancias, que, aunque ligeras en apariencia, le sirvieron de mucho. A eso de las once de la mañana un delicado almuerzo estaba preparado en la habitación de la condesa. El militar, volviendo de París, desgarraba con la espuela el vientre de su caballo. Llega por fin; confía el noble animal a su asistente, escala los muros del parque, sube al palacio, y llega a la habitación de su amada sin haber sido visto por nadie, ni siquiera por el jardinero. Recordaréis que los oficiales de Estado Mayor llevaban entonces unos pantalones muy apretados y un *shako* estrecho y largo, traje tan favorable para lucirse en un día de revista, como incómodo para una cita. La anciana había calculado la inoportunidad del uniforme. El almuerzo fué sumamente alegre. La condesa y su madre no bebían más que vino; pero el oficial, que conocía el proverbio, bebió muy alegremente tanto Champagne como era necesario para aguzar su amor y su talento. Concluido el almuerzo, el oficial miró a la suegra, quien, prosiguiendo su papel de cómplice, dijo:

—Me parece que oigo un coche.

Y salió del cuarto, volviendo a los pocos minutos a decirles, al mismo tiempo que los empujaba hacia el recibidor:

—Es el conde; pero tranquilícense ustedes. Tome usted su *shako*—añadió, reprendiendo con un gesto el imprudente joven.

Después se dió prisa en meter la mesa en el gabinete tocador, y, gracias a sus cuidados, el desorden del cuarto quedó enteramente reparado en el momento en que se presentó su hijo.

—¿Está enferma mi mujer?—preguntó el conde.

—No, hijo mío—responde la madre,—su indisposición ha sido pasajera y me parece que ha ido con la reina de caza.

Y al mismo tiempo que decía esto, hacía una seña con la cabeza a su hijo, señalándole la puerta de la habitación que ocupaban los dos amantes, como diciéndole:

—Están ahí.

—Pero ¿está usted loca encerrándolos así?—le dijo el conde en voz baja.

—No temas nada—repuso la condesa.—He puesto en su vino...

—¿Qué?

—El purgante más activo que se conoce.

En esto entra el rey de Holanda. Iba a preguntarle al conde el resultado de la misión que le había confiado. La duquesa procuró, por medio de algunas de esas frases misteriosas que tan bien saben pronunciar las mujeres, obligar a Su Majestad a llevarse al conde a sus habitaciones. Tan pronto como los dos amantes se encontraron en el recibidor, la condesa, estupefacta al reconocer la voz de su marido, dijo en voz baja al seductor oficial:

—¡Ah! caballero, ya ve usted a lo que me expongo.

—Pero, querida María, mi amor le recompensará todos esos sacrificios y yo le seré fiel hasta la muerte. (*Aparte y para sí: ¡Oh! ¡oh! ¡qué dolor!...*)

—¡Ah!—exclamó la joven, que se retorció las manos al oír andar a su marido cerca de la puerta del recibidor,—no hay amor que pueda pagar tales terrores... Caballero, no se acerque usted a mí.

—¡Oh! ¡mi bien amado, mi querido tesoro!—dijo el militar arrodillándose con respeto,—seré para ti lo que tú quieras que sea... Ordena... y me alejaré... Llámame... y vendré a tu lado. Seré el más sumiso, así como... (¡San-to Dios! ¡qué cólico!...) el más constante de los amantes... ¡Oh! ¡hermosa María!... ¡Ay! ¡estoy perdido!... ¡esto es morir!...

Dicho esto, el oficial se dirigió hacia la ventana para abrirla y tirarse de cabeza al jardín; pero vió a la reina Hortensia y a sus damas. Entonces, se volvió hacia la condesa, llevándose la mano a la parte más manifiesta de su uniforme, y exclamó con voz ahogada:

—¡Perdón, señora, pero me es imposible aguantar más!

—Caballero, ¿está usted loco?—exclamó la joven al ver que no era el amor únicamente el que agitaba aquel rostro desfigurado.

El oficial, llorando de rabia, se replegó vivamente tras el *shako* que había dejado en un rincón.

—Y bien, condesa—decía la reina Hortensia entrando en el dormitorio de donde el rey y la duquesa acababan de salir.—Pero ¿en dónde está?

—Señora—exclamó la joven saliendo a la puerta del recibidor,—no entréis, ¡en nombre del cielo, no entréis!

La condesa se calló porque vió a todas sus compañeras en el cuarto y miró a la reina. Hortensia, que tenía tanta indulgencia como curiosidad, hizo una seña, y toda su comitiva se retiró. Aquel mismo día, el oficial partió para el ejército, llegó a los puestos avanzados, buscó la muerte y la encontró. Era valiente, pero no filósofo.

Asegúrase que uno de nuestros pintores más célebres, que se había enamorado de la mujer de un amigo suyo, sufrió los horrores de una escena semejante que su amigo le había preparado para vengarse; mas si hemos de creer las crónicas, la vergüenza allí fué doble; pero, más cuérdos que el señor de B***, los amantes, acometidos por la misma enfermedad, no se mataron.

La manera de obrar al entrar en casa depende también de muchas circunstancias. Ejemplo:

Lord Catesby tenía una fuerza prodigiosa. Aconteció un día que, volviendo de una cacería de zorras a la que había prometido ir, sin duda por artificio, se dirigió hacia un seto de su parque, en donde decía que veía un hermoso caballo. Como tenía pasión por los caballos, avanzó para admirar aquél de cerca, y vió a lady Catesby, en cuyo auxilio había a un tiempo de acudir, por poco celoso que fuese de su honor. Se lanzó sobre un caballero, e interrumpió la criminal conversación cogiéndole por la cintura y lanzándole por encima del seto al otro lado del camino.

—Acuérdese usted, caballero, que para pedir aquí alguna cosa, será necesario, en lo sucesivo, que se dirija usted a mí—le dijo sin cólera.

—Pues bien, milord, ¿tendría usted la bondad de arrojarme también mi caballo?

Pero el lord flemático había tomado ya el brazo de su mujer, y le decía con gravedad:

—Querida mía, siento mucho y desapruero el que no me hayas prevenido de que tenía que amarte por dos. En adelante, los días pares te amaré por ese caballero, y los demás por mí.

Esta aventura pasa en Inglaterra por una de las entradas en casa más graciosas que se conocen. Es verdad que esto era reunir con una facilidad rara la elocuencia del gesto a la de la palabra.

Pero el arte de volver a casa, cuyos principios no son más que deducciones nuevas del sistema de cortesía y de disimulo recomendado en nuestras Meditaciones anteriores, no es más que la preparación constante de Peripecias conyugales de que vamos a ocuparnos.

MEDITACIÓN XXII

DE LAS PERIPECIAS

La palabra *peripecia* es un término de literatura que significa *golpe teatral*.

Promover una peripecia en el drama que representáis, es un medio de defensa tan fácil de comprender, como inseguro su éxito. Aunque os aconsejamos su empleo, no hemos de ocultaros sus peligros.

La peripecia conyugal puede compararse a esas peligrosas fiebres que matan a un sujeto bien constituido o lo restablecen para siempre. De modo que cuando la peripecia tiene éxito, lleva para muchos años a una mujer a las sabias regiones de la virtud.

Por lo demás, este medio es el último de todos los que la ciencia ha permitido descubrir hasta ahora.

La San Bartolomé, las Vísperas Sicilianas, la muerte de Lucrecia, los dos desembarcos de Napoleón en Frejus, son peripecias políticas. Sabido es que no podréis vosotros promoverlas de tanta importancia; pero, en proporción, vuestras peripecias conyugales no dejarán de ser menos poderosas que éstas.

Pero como que el arte de crear situaciones y cambiar

por medio de acontecimientos naturales la paz de las escenas constituyen el genio; como que la vuelta a la virtud de una mujer cuyo pie ha dejado ya algunas huellas en la dorada y suave arena de los senderos del vicio es la más difícil de todas las peripecias, y como que el genio no se aprende ni se adquiere, el licenciado en derecho conyugal se ve obligado aquí a confesar su impotencia para reducir a principios fijos una ciencia tan mutable como las circunstancias, tan fugitiva como la ocasión, tan indefinible como el instinto.

Sirviéndonos de una palabra que Diderot, de Alemnbert y Voltaire no pudieron naturalizar, a pesar de su energía, diremos que una peripecia conyugal se huele de lejos (1). De modo que nuestro único recurso queda reducido a delinear imperfectamente algunas situaciones conyugales análogas, imitando a aquel filósofo de la antigüedad que, intentando en vano explicarse el movimiento, se ponía a andar para ver si lograba entender sus incomprendibles leyes.

Según los principios consignados en la Meditación sobre la policía, el marido debe tener terminantemente prohibido a su mujer que reciba al soltero que supone es su amante; ella ha prometido no verle nunca.

Las pequeñas escenas íntimas las abandonamos a las imaginaciones matrimoniales, pues un marido debe saber pintarlas mejor que nosotros trasladándose, con el pensamiento, a aquellos días en que ciertos deliciosos deseos originaron sinceras confidencias, y en que los resortes de su política pusieron en juego maquinaciones diestramente preparadas.

Supongamos, para dar más interés a esta escena anormal, que seas tú, el marido que me lees, el que, gracias a la policía cuidadosamente organizada, descubres que tu mujer, aprovechándose de un banquete ministerial, al que ella ha hecho que te invitaran, tiene que recibir al señor A-Z.

Aquí hay todas las condiciones exigidas para realizar una de las peripecias más hermosas que nadie pueda imaginar.

Vuelves bastante a tiempo para que tu llegada coincida con la del señor A-Z, pues no te aconsejaremos que te arriesgues a hacer el entreacto demasiado largo. Pero

(1) *Subodorer*, verbo francés poco usado, que significa oler de lejos, es la palabra a que se refiere el autor.—(N. del T.)

¿cómo debes entrar? ¿Siguiendo los principios de la Meditación precedente? No. ¿Furioso, pues? Menos aún. Debes llegar como el hombre atolondrado que se ha dejado su portamonedas o su Memoria para el ministro, su pañuelo o su petaca.

Entonces, sorprenderás a los dos amantes juntos, o tu mujer, advertida por su camarera, habrá escondido a su amante.

Examinemos nuestras dos situaciones únicas.

Advirtamos aquí que todos los maridos deben hallarse en estado de causar terror en su hogar, y preparar muy de antemano dosis de Septiembre matrimoniales.

Así es que un marido, desde el momento que ve en su mujer algunos de los primeros síntomas, no debe dejar de dar su opinión, de cuando en cuando, acerca de la conducta que debe observar un esposo en los casos de grandes crisis conyugales.

—Yo—debéis decirle,—no titubearía en matar al hombre a quien sorprendiera a los pies de mi mujer.

Con motivo de una discusión suscitada con cualquier pretexto, debéis de lamentaros de que la ley no haya dado hoy al marido, como hacían los romanos, derecho de vida y muerte sobre sus hijos para poder matar a los adúlteros.

Estas feroces opiniones, que a nada os obligan, imprimirán en vuestra mujer un terror saludable; es más, debéis de decirle a veces riéndoos:

—¡Oh! ¡Dios mío! sí, amor mío, te mataría en seguida. ¿Te gustaría morir a mis manos?

Una mujer no puede menos de temer que esta broma se convierta algún día en cosa seria, pues siempre queda algún amor en estos crímenes involuntarios; además, sabiendo las mujeres, mejor que nadie, decir la verdad riendo, sospechan algunas veces que sus maridos emplean esta astucia femenina.

Entonces, cuando un esposo sorprende a su mujer con su amante, aunque sólo sea en conversación inocente, su cabeza, virgen aún, debe producir el efecto mitológico de la célebre Gorgonia (1). Para obtener en este caso una peripecia adorable, es preciso, según el carácter de vuestra mujer, o desempeñar una escena política a lo Diderot, o usar la ironía, como Cicerón, o abalanzaros sobre

(1) Monstruo mitológico que con sus miradas mataba y aun petrificaba a los hombres.—(N. del T.)